

“Argentina: el presente perpetuo”, Revista Hojas del Rojas, octubre de 2000. Entrevista de Guillermo Saavedra

Cuando se traspone la puerta de calle del edificio de departamentos en donde Josefina Ludmer pasa sus estadías en Buenos Aires, hay una reja, remedo involuntario de las puertas cancel en que culminaban los íntimos zaguanes. No hubo nostalgia en quienes instalaron allí el dispositivo sino la aprehensión que va ganando a los habitantes de una ciudad que ya no puede jactarse de ignorar la violencia. En todo caso y según se mire, una reja es un obstáculo a medias, un límite poroso: no se cierra del todo al mundo pero tampoco le franquea libremente el paso; permite ver y ser vista, escuchar y ser escuchado, e incluso intercambiar saludos y objetos de discreto volumen.

Sin abusar del ingenio, podría decirse que la mujer que ahora baja a abrirla, mantiene con la reja ciertas analogías: integrante de una generación intermedia entre la del grupo de la revista *Contorno* y la que hoy roza los cuarenta años, su singular labor crítica es un sutil enrejado que permitió el paso de lo más innovador de aquel grupo y es atentamente permeable a lo que la nueva camada de críticos va proponiendo; amable y cálidamente dispuesta a la entrevista, nunca abandona del todo cierta reticencia, como si temiera salir debilitada de una exposición excesiva o sospechara que la conversación es un lugar resbaloso donde el sentido deriva demasiado impunemente y el malentendido saca su provecho. La reja, al fin y al cabo, se abre. Ella la abre, con la sonrisa escéptica de quien sabe que nunca puede cruzársela del todo. No por falta de confianza sino por preferir, tal vez, la saludable incomodidad del límite: entretenerse literalmente en esa franja donde las cosas son y no son, entran y salen, crudas y cocidas, a través de ella -de la reja- que ella -la Ludmer, la China Ludmer para los amigos- entreabre con alegría y luego vuelve a cerrar. Sirve un café negro y contundente, enciende una estufa remolona y, cautelosa, se entrega a los vaivenes de la conversación.

¿Es cierto que vino a descansar pero está trabajando?

- Sí. Llegue con un sabático y, por lo tanto, prácticamente desocupada. El último sabático mío, en el 98, había sido de una gran concentración para terminar *El cuerpo del delito*. Fue casi un año de encierro porque me había organizado para terminarlo en ese sabático. En cambio, este es un sabático mucho más abierto. Venía con un proyecto a realizar con otra persona pero, como ella no podrá trabajar en él durante el próximo semestre, dejé de lado todo el material que había traído para ese trabajo y me encontré con un vacío total y absoluto, aparte de la enfermedad que me acompaña desde la más tierna infancia que es el aburrimiento. Sumergida en ese estado, en general, se me empiezan a ocurrir cosas. Antes aun de eso, empiezo a sentir cosas. El solo hecho de llegar cada año a la Argentina es un shock. Es el pasaje de un mundo a otro.

¿Qué diferencias la desacomodan?

- Desde mi perspectiva de ave migratoria que va y vuelve, lo primero que experimento es que acá el tiempo es diferente. Empecé a pensar en eso, en qué hacer con eso y se me ocurrió escribir un diario, que es el género del presente y de la inmediatez. Es el retorno a lo concreto, si se quiere, o a otro concreto. Empecé a pensar en qué consistiría ese diario. Una idea era registrar el presente.

¿En qué consisten las diferencias de temporalidad entre allá y acá?

- Algunas son muy visibles. Acá, es evidente que no hay futuro y allá, en cambio, es una referencia permanente. Todo está tendido hacia el futuro: un chico nace y se le abre una cuenta en el banco

para cuando vaya a la universidad. Es que, cuando el capitalismo funciona, el futuro es fundamental. Mi experiencia en los Estados Unidos significó, sobre todo, hundirme en el capitalismo. A veces creo que, si nunca hubiese salido de la Argentina, no habría descubierto el capitalismo. Otra de las sensaciones -aparte de que retornar convoca mis pasados acá- era que aquí el pasado está de tal modo incrustado en el presente que casi podemos decir que es el presente, un presente denso, hecho de varias capas de pasado. Antes de venir, había leído varios libros que traje para comentarlos con amigos. Uno es un análisis de Paolo Virno, uno de varios filósofos italianos muy interesantes, que están siendo traducidos al inglés. En su libro *El recuerdo del presente*, Virno analiza lo que él llama el presente del modernariato. La idea es que el presente está siempre doblado por un *dejà vu*; en este presente de la modernidad, el falso reconocimiento o el *dejà vu* es constitutivo. Este presente duplicado, doblado por otro, es el presente típico de la sociedad del espectáculo, al mismo tiempo. Para Virno, este recuerdo del presente es el ideal perceptivo de lo que sería la conciencia histórica, como si esta se hubiese instalado en el presente y se la pudiese percibir de un modo concreto. Su reflexión tiende a justificar, ya que no la critica demasiado, la teoría del fin de la historia. Y eso que es un filósofo que viene del marxismo, pertenece a un grupo que está reformulando varias de las ideas de Marx.

Como si la experiencia de esa instalación del pasado exhibido permanentemente en el presente fuera algo tan contundente que resultara más persuasivo que la ideología, como si fuera lo dado.

- Absolutamente lo dado. De todas maneras, él insiste en que ese pasado es un *dejà vu*, es un falso pasado, un pasado indefinido. Y esa es la diferencia con la Argentina, diría yo. Porque se puede hablar de un presente de la modernidad un presente internacional donde ocurre esto y ese es uno de los problemas para analizar culturas: por un lado está lo internacional, lo global, pero aparte están las inflexiones locales que puede transformar todo eso. Acá, por ejemplo, el *dejà vu* tiene una cualidad totalmente concreta, no es esa experiencia indefinida de un pasado, son pasados bien concretos. Cuando llego, empiezo a ver los diarios y a ver cine argentino y lo que veo es: desaparecidos, robo de bebés, atentado a la AMIA. Es decir, veo una especie de retorno rítmico y casi diario de esos problemas, a veces en forma de paralelos que operan como extrañas duplicaciones: dictadura militar - dictadura económica, Plan Cóndor transformado en Mercosur. Lo *dejà vu* tiene que ver con que me resuenan cosas como “Hay que pasar el invierno” de Alsogaray y ese tipo de situaciones. Y uno piensa: desde cuándo se está hablando de estos ajustes. Es cierto que hoy han adquirido un carácter brutal, compulsivo pero vienen desde muy lejos. Esta temporalidad tan extraña no la registro sólo a nivel de la sociedad, también la gente está sometida a una especie de retardo. La expresión verbal del futuro es diferente. La gente te dice a veces “la semana que viene, pero la semana que viene se percibe como algo indefinido cuando en verdad se trata de algo concreto, es el futuro la semana que viene. Llega hasta ahí. De modo que empecé a pensar en todo eso y a anotar cosas en ese diario, en la más estricta forma de diario que, por otro lado, permite una libertad total: un día puede ser una nota crítica, otro día puedo comentar una película, otro día reproducir una conversación o una noticia del diario. Es una forma de una apertura absoluta.

Esa libertad para pensar y diseñar sus libros, usted venía permitiéndosela desde hace tiempo. En *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito*, si bien hay ejes de argumentación y objetos de reflexión eminentemente literarios, tienen cabida prácticamente todas las cosas que acaba de enumerar.

- Sí, son formas abiertas, pero en el interior de la crítica. Ahora bien, vos decís: “Se permite la libertad”, pero yo te diría que la libertad se conquista, se gana a costa de mucho sacrificio, ¿eh?

Fuera de broma, la libertad crítica creo haber tenido que ganármela, pero lo que me está interesando ahora es la libertad de objeto crítico. En realidad, uno puede pensar sobre cualquier cosa, ¿no?

¿Habrá una concepción paródica o irónica del diario, como la hay respecto de los géneros “tratado” en el libro sobre la gauchesca y “manual” en *El cuerpo del delito*?

- Desde luego, no es un diario íntimo, el yo no aparece en ningún momento. Pero en este caso no creo que haya una pretensión tan paródica. El libro se llama *Diario de un sabático*, el título me apareció muy claramente y me gustó: por un lado, la idea del diario, la entrada regular y sistemática de toda clase de notas; por otro lado, la noción del sabático como tiempo excepcional donde no hay obligaciones profesionales pero que, a la vez, tiene una duración concreta, principio y fin. Eso me interesa, no uno de esos diarios que no terminan nunca o terminan junto con la vida de su autor. Con esa idea, comencé a dar entrada a distintos materiales. Y a explorar diversas formas verbales del tiempo, periodicidades, figuras, modos de vivirlo.

Esta condición “sabática”, ¿en qué registro la coloca respecto de la escritura y de los objetos de esa escritura?

- Todavía no lo sé muy bien. Por ahora estoy registrando cosas de un modo intuitivo, sobre todo lecturas. Algunas sobre el tiempo como objeto, otras de libros de ficción argentina aparecidos este año. También algunas conversaciones. Después veré qué hago con todo eso, ahora estoy en la etapa de juntar material que, para mí, es muy importante y cuya característica es la preeminencia de la intuición. No parto de ningún esquema. La única idea que tengo es ver la cuestión del tiempo pero todavía no sé muy bien cómo. Además, hay ciertas prohibiciones que son las que me permiten escribir. En este caso, la prohibición sería no hacer un diario íntimo, el yo está prohibido, con lo cual cambia completamente ese matiz más bien paródico que había en mis libros anteriores, porque para mí la parodia está ligada al yo, una especie de yo autoparódico. Pero acá no: aparentemente es una especie de impersonalidad.

¿Imagina qué clase de escritura y, en consecuencia, qué clase de pensamiento surgirá de esa impersonalidad?

- Supongo -esto es utópico, no creo poder realizarlo- que sería algo así como una reflexión filosófica. Claro que no voy a trabajar el tiempo en abstracto sino un tipo de presente muy acotado y muy concreto: este presente.

Un presente asaltado constantemente por el pasado y que se manifiesta en dos escenarios simultáneos: uno global y otro local.

- Exacto. Sin duda, se ha llegado a una integración global tal que no se puede concebir su fin, pero lo que se puede concebir es un cambio de sistema dentro de esta globalidad. Para esta cuestión, me resultó muy interesante un libro que Toni Negri escribió en inglés con Michael Hardt. Negri es otro de los filósofos italianos de los cuales hablaba antes. Un marxista que fue miembro de las Brigadas Rojas, estuvo 15 años en la cárcel y ahora debe tener unos 65 años. Hardt es un profesor norteamericano más joven que en cierto modo se asoció con estos filósofos italianos, los traduce, está muy cerca de ellos. Este libro, *Empire*, es inquietante y extraño, analiza un mundo que es nuestro presente y tiene la estructura de un imperio. Según Negri y Hardt, es un imperio radicalmente distinto de los imperialismos en tanto expansiones de las naciones: es un imperio descentrado y desterritorializado, no tiene sede. Cuando entrás en esa reflexión, aunque los autores dan datos concretos todo el tiempo, entrás en un mundo casi abstracto que resulta fascinante. Creo

que constituye una nueva filosofía, un nuevo tipo de reflexión que recupera conceptos de Marx para hacer este tipo de radiografía del presente. Es un libro muy deleuziano: en este imperio, todas son inestabilidades, flujos, lateralizaciones, redes informáticas, etcétera. Y lo interesante es que, a propósito de esto, recuperan una categoría de Marx que toman de un texto suyo llamado *Ensayo sobre la máquina*, la categoría de “intelecto general”, que sería el grado de desarrollo intelectual-tecnológico al que ha llegado una sociedad y que se expresaría tanto en el desarrollo técnico concreto como en el manejo de la información y de determinados discursos. Ellos la toman para medir el presente, precisamente para medir las comunicaciones, que están ellas también desterritorializadas. Según ellos, uno de los problemas centrales de este imperio es su juridicidad. Para ellos es crucial porque, cuando piensan en el futuro, piensan en las exigencias que deberá plantearse al imperio. La primera será “ciudadanía global: fin de las ciudadanías nacionales”, como exigencia democrática. En este marco, afirman algo que uno tiende a pensar que no es cierto, pero a mí me convencieron bastante: no hay que pensar que este grado de desarrollo del capitalismo es más cruel que otros. Al contrario, dicen ellos, es mejor: piénsese en las masas hambrientas de la Inglaterra de la revolución industrial que no estaban mejor que las masas hambrientas de hoy en el Tercer Mundo. Pero lo que me interesaba a mí cuando iba buscando ese análisis del presente era el futuro. Y, cuando Negri y Hardt lo encaran, el libro vira casi hacia la ciencia-ficción.

Un rasgo de este presente es la sensación de que el futuro ya llegó.

- Sin embargo, ellos ven un futuro diferente. La idea sería política: dicen que el imperio lleva en sí mismo los gérmenes de su desintegración y aventuran una serie de hipótesis de por dónde se produciría. Usan una categoría muy particular que es la de multitud como opuesta a pueblo (los anarquistas hablaban también de multitud y este libro tiene mucho del pensamiento anarquista). La idea de nación y todos sus conceptos caen y son reemplazados por otros. La multitud sería una aglomeración, una masa informe con alianzas que se arman y se desarman, compuesta por grupos de distintos tipos que de golpe se enganchan en una resistencia o en un éxodo, en un abandono. Esa es también una de las propuestas de Virno, la política del éxodo: no pagar impuestos y todo eso ya se está pensando en todas partes.

Para volver a su confrontación de lo global y lo local, ¿qué le cabe a esta parte del mundo a la cual aún llamamos Argentina dentro de ese proceso? ¿Se pasa por alto sin escalas el desarrollo hacia un capitalismo avanzado?

- No lo sé pensar por mí misma todavía: hay muchas teorías o conceptualizaciones sobre los procesos de modernización en el Tercer Mundo y en lo que algunos llaman la postcolonialidad. En general, coinciden en que se producen por saltos de modo que no se deja a esa sociedad un desarrollo “natural”, por así decirlo, que sí ha tenido el Primer Mundo para llegar a ese punto, si no que de golpe se corta su desarrollo y, de un salto, se la instala en la modernización. Eso genera una especie shock parecido al *jet lag*, cuando uno viaja en avión: el “*time lag*”. La modernización provoca un *time lag* en determinadas sociedades que se quedan cortadas e instaladas de golpe en otra situación, con todo lo que eso genera. En primer lugar, una incapacidad de adaptación a esa nueva realidad que los otros han ido conquistando minuciosamente. Supongo que lo que se está viviendo en la Argentina es un poco el efecto de eso: esa especie de tiempo que se vino de golpe. Por otro lado, la característica de esas modernizaciones en América latina fue que se impusieron desde el estado, cosa que no ocurre en el Primer Mundo, donde son consecuencia del desarrollo del capitalismo. De ese modo, en nuestros países el estado, ya sea como dictadura militar o a través de una modernización forzosa, penetra la vida de las personas, entra en sus casas, decide sus destinos.

¿Cuál es el impacto de todas estas nuevas realidades en el campo de la cultura?

- Entre otras cosas, creo que esa modernización impuesta ha traído un cambio bien visible en la universidad. Lo primero que se nota es que está totalmente profesionalizada. En el sentido de que lo nuestro, las humanidades, ya no es una pasión: es una profesión. Eso es muy notable en los EE.UU: te insertás en un mundo académico profesional que es el que te va a permitir vivir y cumplir con una cantidad de requisitos ineludibles como ir a congresos, escribir ponencias, escribir en determinadas revistas o publicar en determinadas editoriales. Creo que acá los estudiantes no han llegado todavía a eso y allá sí: un estudiante empieza su primer año y ya está en el camino de la profesionalización.

Pero aquí la modernización supuso, entre otras cosas, una retracción presupuestara que dejó a los universitarios poco menos que en la intemperie. ¿No cree que tiene que haber todavía una gran cuota de pasión para seguir en la universidad estatal?

- Quiero ser cautelosa porque ya no estoy inserta en esta universidad, pero creo que sí. Hay una gran pasión en los estudiantes y los profesores por saber más, por seguir reflexionando mejor. Quizá les falta abrirse un poco, siguen pensando en términos muy locales: casi todos escriben sobre literatura argentina. Por lo demás, la cultura argentina es de una riqueza increíble (aunque supongo que desde adentro todas las culturas se deben percibir como muy ricas) y tiene un perfil propio, un modo específico de hablar, de modular la lengua, de reflexionar, una suerte de estilo nacional. La formación que recibí acá podría haberla tenido en cualquier país de Europa, no había ninguna diferencia en el momento en el que me formé. Claro que ese proceso de modernización forzado del que hablamos supone algunos cambios respecto de esa tradición: creo que, de una lectura demasiado minuciosa del pensamiento francés, se ha pasado a una lectura igualmente minuciosa del pensamiento norteamericano, que de pensamiento no tiene mucho: es de un pragmatismo radical, no hay demasiada conceptualización. Y esto provoca choques: en los Estados Unidos, esa cultura del individualismo competitivo está enraizada en el propio capitalismo. Aquí ese modelo se instala en una cultura que ha sido tradicionalmente solidaria, y entonces se producen rupturas muy dolorosas.

¿Los intelectuales argentinos perdieron su capacidad de intervención en la realidad?

-Sí, y creo que no es muy bueno. Creo que lo bueno sería una crítica amplia con un público más amplio que el universitario, pero no sé cómo se logra. Tal vez, una de las salidas posibles sea un modo de reflexión que ligue la literatura con la cultura, que pueda captar esa interdependencia. Aunque no sea consciente, la cultura se encarga de pensar el presente. No funciona como una asignación de tareas sino que de golpe vos abris el diario y ves un nudo de problemas. Y, al mismo tiempo, empezás a leer ficción y ves cómo esos problemas aparecen también allí. En esa clase de relaciones me estoy fijando ahora, mientras recopilo material para mi diario. Es mi manera de ligar a literatura, o ciertos problemas literarios, a un campo de realidades bastante concreto.